

LA PRODUCTIVIDAD DE LA COMPRENSIÓN

Vicente, Agustín

*Departamento de Filosofía
Universidad de Valladolid
Pº Prado de la Magdalena s/n
47011 Valladolid, España
Tlf: (+34)983423129 / Fax: (+34)983423007
Email: agusvic@fyl.uva.es*

Martínez Manrique, Fernando

*Departamento de Filosofía
Universidad de Granada
Edificio Psicología, Campus Cartuja
18071 Granada, España
Tlf: (+34)958242098 / Fax: (+34)958248981
Email: fmmanriq@ugr.es*

Resumen

Este artículo examina la tesis de que la comprensión semántica de un oyente competente es productiva. Primeramente distinguimos dos sentidos en la productividad, débil y fuerte, y exponemos el vínculo entre productividad fuerte y composicionalidad. A continuación examinamos varios ejemplos clásicos para cuestionar el principio de composicionalidad en relación a la comprensión. Aparece así una tensión: por un lado, la productividad no puede descartarse con facilidad y entraña la composicionalidad; por otro, los ejemplos contra la composicionalidad del significado acarrearían el rechazo de la productividad. Tras revisar algunas reacciones ante esta tensión, argumentamos que es posible solucionarla distinguiendo entre tipos de comprensión. En un extremo, un buen interlocutor debe incorporar conocimiento pragmático en su procesamiento semántico (de manera que su comprensión no será semánticamente composicional); en el otro, un oyente casual, carente de información contextual, puede siempre obtener una interpretación de lo que ha oído por medios puramente composicionales.

Palabras clave: composicionalidad, productividad, comprensión semántica, minimalismo, contextualismo

Abstract

This paper examines the thesis that semantic comprehension is compositional in a competent hearer. First we distinguish two senses of productivity, weak and strong, and we show the link between strong productivity and compositionality. Next we review several classical examples that question the principle of compositionality for semantic comprehension. A tension arises: on the one hand, productivity cannot be easily dismissed and it entails compositionality; on the other one, the examples against compositionality of meaning involve the rejection of productivity. After examining different reactions before this tension, we argue that it is possible to solve it by distinguishing between kinds of comprehension. At one extreme, a good interlocutor must include pragmatic knowledge in her semantic processing (so her comprehension will not be semantically compositional); at the

other, a casual hearer, who lacks contextual information, can always obtain an interpretation of what she heard by purely compositional means.

Key words: compositionality, productivity, semantic comprehension, minimalism, contextualism

Résumé

Cet article examine la thèse selon laquelle la compréhension sémantique d'un auditeur compétent est productive. Premièrement, on distingue deux sens pour la productivité, faible et fort, et on explique le lien entre productivité forte et compositionnalité. Ensuite on examine plusieurs exemples classiques ayant pour fin de mettre en question le principe de compositionnalité en rapport avec la compréhension. Il en surgit une tension : d'un côté, la productivité n'est pas facile à écarter et elle renferme la compositionnalité ; de l'autre, les exemples contre la compositionnalité de la signification entraîneraient le refus de la productivité. Une fois quelques réactions envisagées face à cette tension, on argumente qu'il est possible de la résoudre en faisant la distinction entre types de compréhension. Dans un bout, un bon interlocuteur doit incorporer connaissance pragmatique dans son traitement sémantique (de manière que sa compréhension ne sera pas sémantiquement compositionnelle) ; dans l'autre, un auditeur casuel, manquant d'information contextuelle, peut toujours obtenir une interprétation de ce qu'il a entendu par des moyens purement compositionnels.

Mots clés: compositionnalité, productivité, compréhension sémantique, minimalism, contextualism

Sumario

1. Introducción: productividad débil y fuerte. 2. De la productividad a la composicionalidad. 3. ¿Es productivo el lenguaje? 3.1. Contextualismo. 3.2. Minimalismo. 3.3. Teoría de la relevancia. 4. Diferencias entre oyentes competentes. 5. Lo dicho. 6. Conclusión.

1. Introducción: productividad débil y fuerte

Es moneda corriente asumir que la comprensión semántica tiene la propiedad de ser productiva, pero hay dos maneras de entender la productividad, una débil y una fuerte. En su sentido débil, decir que la comprensión es productiva entraña que un oyente competente de una lengua *L* es capaz de entender un número ilimitado de preferencias de oraciones de *L*. En su sentido fuerte, la productividad de la comprensión supone que un oyente competente de *L* puede entender *cualquier* preferencia de oraciones de *L*, siempre y cuando hayan sido construidas a partir de piezas léxicas y reglas gramaticales conocidas por el oyente.

Estas dos nociones de productividad no son equivalentes. Ambas se inspiran en la idea de que un oyente competente sólo necesita reglas recursivas y conocimiento léxico, pero sus consecuencias son distintas. El sentido débil viene a decir que, fijadas unas ciertas reglas y un léxico determinado al alcance de un oyente, existe un número potencialmente infinito de preferencias que éste puede entender. Esta afirmación no resulta controvertida mientras dejemos a un lado problemas de capacidad de memoria, interferencias o cualquier otro aspecto que limite nuestro procesamiento lingüístico. Por ejemplo, un oyente competente, caracterizado como tal, puede entender, en principio, un número ilimitado de preferencias del tipo 'el padre del padre de... X ... es fontanero'. Para ser un oyente productivo en este sentido, basta con un par de reglas y dos o tres elementos léxicos cuyo significado

mantengamos fijo (v.g., ‘padre’ se entiende uniformemente como padre biológico). Como es fácil imaginar, tener este tipo de comprensión productiva es una condición necesaria para ser considerado un oyente competente, pero no puede ser suficiente, de manera que su contribución a explicar en qué consiste dicha competencia es bastante limitada.

La productividad fuerte, por su parte, se postula como suficiente para dicha competencia lingüística. Ambos tipos de productividad recogen la idea de infinitud en la comprensión, pero sólo la productividad fuerte parece poder caracterizar al oyente conocedor de una lengua. Por así decirlo, la productividad débil obtiene la infinitud a un precio muy barato. Por volver al ejemplo anterior, ni siquiera exige que el oyente que entiende ‘el padre del padre de... X... es fontanero’ deba también comprender ‘el fontanero del fontanero de X... es su padre’. Por tanto, es la productividad fuerte la que parece caracterizar al oyente competente, de una lengua a partir de la exigencia de que una vez que se conocen léxico y reglas, uno conoce lo suficiente para entender cualquier oración proferida en la lengua en cuestión. Gran parte de la discusión acerca de la composicionalidad del lenguaje, especialmente por parte de sus defensores, invoca este sentido fuerte de la productividad, así que lo que resta del artículo se centrará en él.

Nuestro punto de partida será poner de manifiesto el vínculo entre la productividad fuerte y el principio de composicionalidad tal y como se suele formular. A continuación ofreceremos varias razones, basadas en ejemplos bastante conocidos de la literatura al respecto, que ponen en cuestión que se pueda mantener el principio de composicionalidad para los oyentes normales de una lengua. De modo que nos veremos sumidos en una suerte de antinomia: por un lado, la productividad no puede descartarse con facilidad y entraña la composicionalidad; por otro, existen buenos ejemplos contra la composicionalidad del significado, lo cual acarrearía el rechazo de la productividad. Una vez revisadas algunas reacciones ante esta antinomia que aparecen a lo largo del debate, argumentaremos que es posible solucionarla si uno distingue entre tipos de comprensión. Para avanzar de manera breve nuestra posición: no es equivalente interpretar una preferencia como interlocutor que hacerlo como un oyente casual. Mientras un buen interlocutor se ve obligado a dar paso a su conocimiento pragmático en su procesamiento semántico (de manera que su comprensión no será semánticamente composicional), un oyente casual, i.e., alguien carente de información contextual, puede siempre obtener una interpretación de lo que ha oído por medios puramente composicionales.

2. De la productividad a la composicionalidad

Los defensores de la composicionalidad del lenguaje natural la proponen típicamente como una inferencia a la mejor explicación de la productividad (Véase, sobre todo, Fodor, 1987). El hecho de que un oyente competente comprenda cualquier preferencia que contenga léxico y reglas de combinación conocidas se explica, dice el argumento, si asumimos que la comprensión lingüística es composicional, es decir, que el oyente es capaz de componer el significado de un todo (v.g., una oración) a partir del significado de sus partes (v.g., las piezas léxicas) de acuerdo a ciertas reglas semánticas. Esto es, la productividad parece entrañar (y nosotros vamos a asumir que lo hace):

Composicionalidad (C): la comprensión lingüística es composicional en el sentido de que el significado (usualmente una proposición con condiciones de verdad) de la preferencia de una oración se puede obtener exclusivamente por composición de los significados de sus piezas léxicas de acuerdo a las reglas sintácticas

Existen algunas excepciones a (C), reconocidas por sus defensores, que sin embargo no comprometen su robustez. Hay preferencias cuyo significado es ambiguo, bien por ambigüedad en el alcance de los términos (v.g., ‘todos’), por la presencia de homónimos (v.g., ‘banco’), o por otras razones. En estos casos, el significado del todo no puede extraerse sin algún conocimiento adicional acerca de determinados componentes del contexto de preferencia. En principio, es también posible que la composición de las partes no llegue a proporcionar un todo, debido simplemente a que algunas partes se hallen ausentes (como en los casos de elipsis), aunque el modo en que hemos formulado (C) excluye estos casos, puesto que únicamente considera preferencias de oraciones. Ahora bien, la idea de fondo es que excluyendo estas singularidades (ambigüedades, homonimia, etc) la comprensión semántica es composicional (como consecuencia del hecho de que sea productiva).

Sin embargo, cada vez más autores ponen en cuestión la validez de (C), o cuando menos su robustez como principio general. Cappelen y Lepore (2005) los dividen en *pragmáticos moderados* y *pragmáticos radicales*. Los moderados sostienen que la comprensión de algunas o muchas preferencias implica algo más que la composición semántica. Los radicales sustituyen ‘algunas/muchas’ por ‘todas’. Cappelen y Lepore argumentan, de manera bastante persuasiva, que la posición radical es inestable, pero para nuestros propósitos en este artículo ambas posiciones son funcionalmente idénticas, dado que las dos entrañan el rechazo de la productividad, al rechazar (C).

Los fenómenos que supuestamente ponen en entredicho la composicionalidad son muy diversos, así que se han empleado diversas etiquetas para referirse a ellos en la literatura especializada. Aquí nos limitaremos a considerar ejemplos de dos tipos de fenómeno: la indeterminación y el enriquecimiento. Existe indeterminación cuando la preferencia de una oración puede querer decir alguno de los disyuntos de una disyunción (posiblemente abierta) de proposiciones, ninguno de los cuales puede presentarse como su “significado literal”. La indeterminación puede tener diversas fuentes. Por un lado, tenemos los casos de los demostrativos (y, en general, de todos los deícticos “impuros”, i.e., aquellos para los que no es posible proporcionar una regla semántica para la identificación del referente, a diferencia de los supuestamente puros, como ‘yo’, cuyo referente es siempre el hablante):

(1) Ese perro es peligroso

En segundo lugar, tenemos ejemplos de lo que se conoce como ‘saturación’ de variables libres, donde una construcción presente en la oración establece un cierto “hueco” (v.g., una determinada relación) que el contexto se encarga de llenar, como en las construcciones con la preposición ‘de’:

(2) El coche de Juan es rápido

donde ‘de Juan’ requiere ser especificado como una relación de posesión, de conductor, de “aquél por el que se apostó”, etc.

Tenemos también efectos de relativización de un valor a un contexto, como en el caso de los adjetivos que admiten grados:

(3) María es pequeña (¿pequeña respecto a qué, y de acuerdo a qué escala?)

Así mismo se ha alegado indeterminación respecto a las construcciones de nombre + adjetivo, de numerales y muchas otras:

(4) Este boli es rojo (¿se trata de un bolígrafo que pinta rojo, que es rojo por fuera...?)

(5) Hay una nueva alarma petrolífera (¿por petróleo derramado, por escasez?)

(6) La casa es adecuada para tres personas (¿como máximo, exactamente, al menos?)

El enriquecimiento, por su parte, se refiere a los casos en que existe algún significado literal obtenido composicionalmente, pero que no coincide con el significado habitual o intuitivo¹. Ejemplos típicos de enriquecimiento aparecen cuando existen ciertos constituyentes de la oración que se encuentran, se suele decir, *sin articular* (las palabras entre corchetes representan dichos constituyentes):

(7) Llueve [aquí]

(8) He desayunado [esta mañana]

(9) Pedro corrió hacia el acantilado y saltó [desde el acantilado]

(10) Todos los estudiantes [de nuestra escuela] están de huelga²

Tiene lugar hoy día un acalorado debate acerca de cómo interpretar estos y otros ejemplos y acerca de la naturaleza del fenómeno que se dice que exhiben³. Pero a primera vista, casos como (1-10) muestran que un oyente competente necesita habitualmente algo más que la mera composición para obtener el significado de una preferencia. Bien sea con la ayuda de la semántica de la oración, bien por demandas puramente pragmáticas, lo cierto es que un oyente competente tiene que buscar información contextual *antes* de poder componer los significados de las partes en un todo, lo cual contradice el principio (C) expuesto arriba. En resumidas cuentas, parece que hay intrusión pragmática en la comprensión de muchas, tal vez todas, las preferencias de oraciones, de manera que el principio de composicionalidad no se sostiene respecto a la comprensión lingüística *real*.

¹ Esta noción de significado intuitivo se debe a Recanati, y podría explicarse como el significado de un enunciado que la mayor parte de los hablantes competentes de la lengua identificaría como tal.

² Este ejemplo podría considerarse también un caso de indeterminación, más que de enriquecimiento. Depende de si ‘todos’ puede entenderse como *absolutamente todos*.

³ Ver, por ejemplo, Carston (2002), Recanati (2004), Stanley (2002), Cappelen y Lepore (2005), o Bach (2001).

Dado que la vía que va de la productividad a la composicionalidad no es deductiva sino abductiva, podría pensarse que haya algún modo de rechazar la composicionalidad mientras se mantiene la productividad. No obstante, nadie parece haber dado con un enfoque aceptable en el que la comprensión sea productiva y no composicional. De hecho, se puede argumentar que ejemplos como (1-10) revelan también fallos en la productividad: es posible conocer a qué corresponde una pieza léxica como ‘pequeña’, así como conocer cómo funciona la cópula, y sin embargo ser incapaz de entender correctamente la preferencia ‘María es pequeña’ (en ausencia de la información contextual pertinente). O un oyente competente puede conocer el significado de ‘alarma’ y ‘petrolífera’ y, sin información contextual, no comprender qué quiere decir que haya una nueva alarma petrolífera.

Ahora bien, ¿podemos realmente prescindir de la productividad? Hagamos un recorrido por el espacio de respuestas que se han propuesto.

3. ¿Es productivo el lenguaje?

3.1. Contextualismo

Los proponentes del contextualismo, como Recanati (2004) o Travis (2000), ofrecen una concepción de la comprensión lingüística donde no hay lugar para la productividad. Así, Recanati mantiene que se da, en efecto, un proceso de composición del significado, pero que dicho proceso tiene lugar sólo después de que se hayan completado un cierto número de procesos pragmáticos. No sólo deben resolverse las indeterminaciones, sino que los significados literales deben modularse⁴, debe llevarse a cabo el enriquecimiento que se precise, etc.

Recanati distingue entre procesos pragmáticos primarios y secundarios: los primarios ocurren antes de se obtenga ningún compuesto (i.e., ningún significado de la oración); solamente los procesos secundarios operan sobre “totalidades” (significados veritativo-funcionales de oraciones), llevando a cabo, básicamente, las implicaturas conversacionales. En esta concepción, que hemos presentado de manera muy esquemática, un oyente no comprende, en ausencia de información del contexto, todas las preferencias que contienen piezas léxicas conocidas combinadas por reglas gramaticales conocidas. Por supuesto, un oyente competente siempre podría aportar un contexto de su propia cosecha, y obtener un significado para cualquier preferencia. Sin embargo, no podríamos decir que estuviera comprendiendo la preferencia en cuestión, puesto que para hacerlo debe realizar las saturaciones, enriquecimientos y modulaciones apropiadas a la preferencia concreta, es decir, de acuerdo con las intenciones manifiestas de su interlocutor.

En suma, el contextualismo niega la productividad del lenguaje natural.

⁴ La modulación de los significados literales consiste básicamente en la ampliación o restricción de sus extensiones habituales, obtención de interpretaciones metafóricas o metonímicas, etc.

3.2. Minimalismo

Los defensores de la semántica formal, como Borg (2004) o Cappelen y Lepore (2005) ocupan el extremo opuesto al contextualismo, dentro del espectro de posiciones. Según estos autores, no hay duda de que la comprensión lingüística tiene la propiedad superficial de la productividad, y la más profunda de la composicionalidad. Los ejemplos (1-10) tienen un significado composicional perfectamente aceptable, que se expresa por medio de las condiciones de verdad, tales como:

(7') 'Llueve' es verdadero si y sólo si llueve

Todo oyente competente domina este tipo de condiciones de verdad y, por consiguiente, comprende cualquier preferencia de 'llueve'. Lo mismo vale para ejemplos como (4): cualquier preferencia de esa oración significa que el objeto señalado es un boli rojo. Los bolígrafos pueden ser rojos de muchas maneras pero, sostienen estos autores, esta no es una cuestión semántica, ni algo en lo que un oyente competente deba entrar en cuanto oyente. Respecto a los procesos de enriquecimiento, etc, pueden ser tratados a la manera ortodoxa griceana, es decir, como implicaturas sobre la proposición composicional mínima. Así, (9) significa que Pedro corrió hacia el acantilado y saltó de un modo particular u otro, pero puede ser proferida para querer decir (en el sentido del hablante) que Pedro saltó del acantilado.

El enfoque de Borg resulta interesante en el contexto de esta discusión. Mientras muchos griceanos contemporáneos intentan refutar el contextualismo al mostrar que el programa de Grice no tiene compromiso alguno con la realidad psicológica de las proposiciones usadas para la implicatura, Borg pretende defender la visión general de Grice sobre bases psicológicas. Su defensa de un psicologismo griceano descansa en tres argumentos básicos: (a) es coherente con la tesis de que la semántica es modular y procede por medio de la descodificación, evitando intrusiones de otros procesos; (b) preserva la intuición acerca de "lo que dice" una preferencia⁵; (c) está en posición de explicar la productividad de la comprensión. Por tanto, el supuesto de que la comprensión semántica es productiva desempeña un papel prominente en la defensa del minimalismo que lleva a cabo Borg y, en nuestra opinión, si bien esta autora lo hace explícito, en realidad dar cuenta de la productividad es una motivación poderosa detrás de la mayoría de los enfoques minimalistas.

En suma, la posición minimalista de Borg, o Cappelen y Lepore, mantiene que cualquier preferencia de una oración expresa una proposición por descodificación, de modo que cualquier oyente competente puede recuperarla por medio únicamente de conocimiento del léxico y las reglas. Los ejemplos alegados contra la composicionalidad se enredan en

⁵ Este argumento, que bien podría llamarse "argumento de los casos Clinton" (cfr. Saul, 2002) viene a decir que a menudo tenemos una idea clara de lo que se ha dicho (aunque a veces bastante después de que se haya dicho), que puede variar respecto a lo que hemos entendido. Siguiendo el ejemplo de Bach (2001), 'no vas a morir [de ese corte en el dedo]', imaginemos el siguiente diálogo: "A (padre): No te vas a morir; B (hijo): ¡Entonces soy inmortal!; A: No, quiero decir de ese corte; B: ¡Pero eso no es lo que has dicho!" Volvemos a esto más adelante.

dos confusiones típicas: por un lado, confunden conocimiento de las condiciones de verdad con conocimiento acerca de cómo el mundo puede sustentar tales condiciones; por otro, toman ejemplos paradigmáticos de implicaturas como ejemplos de intrusión pragmática en la semántica.

3.3. Teoría de la relevancia

Las posiciones que hemos considerado aceptan alguna de estas dos perspectivas: o bien la comprensión lingüística es productiva y *a fortiori* composicional (minimalismo), o bien no es composicional y *a fortiori* no-productiva (contextualismo). Sin embargo, existen posiciones conciliatorias, y la teoría de la relevancia es posiblemente la más conspicua.

De acuerdo con la teoría de la relevancia (cfr. Sperber y Wilson, 1986/1995; Carston, 2002) la comprensión lingüística es tanto productiva como composicional. Sin embargo, no es veritativo-funcional, o “completa” en tanto a sus condiciones de verdad en ningún sentido interesante. Un oyente competente recorre varias etapas en su proceso de comprensión de una preferencia, que comienza por extraer una forma lógica que se enriquece una y otra vez siguiendo el principio de relevancia. No obstante, las proposiciones mínimas no desempeñan ningún papel en este proceso: el oyente obtiene proposiciones con intrusiones pragmáticas. Esto es, no considera primeramente ‘llueve’ para después pasar a ‘llueve [aquí]’. Esto es lo que la teoría de la relevancia comparte con el contextualismo: en la comprensión de las preferencias no está implicada la proposición obtenida por composición de los significados literales.

Así y todo, la teoría aún mantiene que la comprensión es productiva y composicional. En las fases tempranas del procesamiento el oyente forma un “todo”, que actuará como entrada para el proceso inferencial que demanda la relevancia. Este “todo” no es proposicional: carece de condiciones de verdad y, por tanto, no constituye un pensamiento (dado que se asume que los pensamientos sí las tienen). Es meramente un cierto “esquema proposicional”. Pero puesto que es un “todo” estructurado, tiene partes, que entran en relaciones de composición siguiendo ciertas reglas. La consecuencia es que tales partes no pueden ser conceptos, puesto que se entiende que una composición de conceptos constituye un pensamiento. Así que lo que se compone en este nivel son algo así como “pro-conceptos”, o tal vez “punteros que apuntan hacia el espacio conceptual” (cfr. Carston, 2002: 360)⁶. Lo que hace el oyente competente es componer tales pro-conceptos de acuerdo a reglas, y en este sentido su comprensión es composicional. El resultado es que la comprensión de un oyente competente del lenguaje L es productiva: puede entender cualquier preferencia de oraciones de L que contengan piezas léxicas y reglas gramaticales conocidas por él. Sólo que, en realidad, el oyente no “comprende” en este punto la preferencia, si por comprender se entiende el obtener una proposición. Lo que hace, más bien, se caracterizaría como “procesar” dicha preferencia.

⁶ Hemos de hacer notar que la que recogemos no es quizás la visión más ortodoxa dentro de la teoría de la relevancia, pero sí la que, a estos efectos, consideramos más consistente.

4. Diferencias entre oyentes competentes

Tomemos de nuevo el ejemplo

(9) Pedro corrió hacia el acantilado y saltó

El minimalista tiene sin duda razón al afirmar que (9) tiene las siguientes condiciones de verdad:

(9') 'Pedro corrió hacia el acantilado y saltó' es verdadero si y sólo si Pedro corrió hacia el acantilado y saltó

Más aún, también tiene razón en decir que un oyente competente del castellano es capaz de captar tales condiciones de verdad, de manera que puede comprender composicionalmente una preferencia cualquiera de (9).

Sin embargo, parece razonable admitir que si alguien se nos acerca profiriendo (9) entre lágrimas, uno no *piensa* en primer lugar "oh, así que corrió hacia el acantilado y saltó de una manera u otra", y después, intentando dar sentido a lo que ve, enriquece la proposición para pensar "oh cielos, saltó *desde* el acantilado". Esto es, el minimalista está probablemente en lo cierto al insistir en que hay significados composicionales, pero los contextualistas lo están en sostener que los significados composicionales no se procesan la mayor parte de las veces⁷.

Ahora bien, ¿cómo afecta todo esto a la idea de la productividad de la comprensión? Bien, si ocurriera que en ningún caso se procesaran los significados composicionales (es decir, si fueran irreales desde el punto de vista psicológico), la comprensión no sería productiva. Pero ocurre que los significados composicionales sí pueden ser objeto del pensamiento: uno puede encontrarse en una posición tal que, al escuchar (9), piense simplemente que Pedro saltó de una manera u otra, sin comprometerse con un modo particular o una determinada secuencia de acontecimientos. En este caso podemos decir que la comprensión de la preferencia es productiva, esto es, si bien por medios puramente composicionales uno no llega a comprender lo que el hablante quiso decir al proferir la oración, aún puede alcanzar *alguna* comprensión. Dicho de otro modo, hay un modo legítimo de entender 'comprensión' en el que se puede sostener que un oyente entendería la preferencia de la oración, incluso cuando no entiende lo que el hablante quiere decir (en contraste, por ejemplo, con su total incompreensión de una preferencia en una lengua extranjera).

Por otra parte, también es cierto que para ser un oyente competente de una lengua, no es suficiente que uno componga significados siguiendo reglas. En la mayoría de los casos, lo que el oyente competente hace es precisamente no componer (en el sentido del principio (C) expresado arriba). Antes de obtener compuesto alguno, el oyente competente

⁷ Matizaremos esta afirmación más adelante. La afirmación que se trata de defender es que los significados composicionales no se procesan *como primeros pasos* en la secuencia que conduce a la proposición expresada (el significado "intuitivo", en la terminología de Recanati 2004).

recaba información contextual y enriquece, modula, etc, lo que oye. Esto es, la situación *habitual* es una en la que existe intrusión pragmática. Pensemos en los casos en que se debe llenar un demostrativo, o cualquier otra instancia de saturación. Un oyente competente, al escuchar:

(1) Ese perro es peligroso

debe, de manera típica, asignar primero un referente a ‘ese perro’ y a continuación componer lo obtenido con el resto de los significados. Esto es, lo que se requiere del oyente, típicamente, es comportarse de manera que no se ajusta al principio (C). Su comprensión, en tales casos, no puede caracterizarse como productiva: no podríamos decir del oyente que comprende (1) por medio solamente del conocimiento de los significados y las reglas gramaticales.

Algo semejante puede decirse acerca de los casos de enriquecimiento. Lo que se demanda de un oyente competente es que entienda una oración como (8) ‘he desayunado’ en el sentido de que quien la profiere ha desayunado esa mañana, y no en algún momento indefinido del pasado. Y en un contexto en el que se está hablando de la crisis del petróleo de los años 70, lo que un oyente competente debe comprender, si es que no hemos de dudar de su competencia, es que una ‘nueva alarma petrolífera’ hace referencia a una nueva crisis como la mencionada.

No obstante, todo esto no implica que (1), o las demás, no tenga un significado composicional “puro” (sin intrusiones pragmáticas): (5) significa la proposición (P5): ‘el perro contextualmente prominente es peligroso’. Pero un oyente normal (no un ciego o alguien en una situación irregular en algún respecto) que formase (P5), en vez de la proposición habitual con intrusiones pragmáticas, resultaría anómalo como oyente competente. Para resumir, cuando existen señales contextuales, es *normativo* para un oyente competente el entender de modo no-composicional para que *de hecho* lo tengamos por competente. Y si la composicionalidad entra en juego como consecuencia de la productividad, entonces podemos decir que los oyentes competentes (en situaciones normales) no utilizan una comprensión productiva de su lengua, esto es, precisan de habilidades que van más allá del conocimiento léxico y gramatical.

¿Cómo se puede resolver esta aparente contradicción? En nuestra opinión, la competencia de los oyentes puede situarse en un continuo en el que se pueden distinguir, en los extremos, dos tipos de oyente competente. Uno de ellos constituye la *audiencia* propiamente dicha, es decir, aquél a quien se dirige la preferencia. Un oyente competente que desempeña el papel de audiencia debe ser capaz, en principio, de incorporar información contextual antes de efectuar una composición de significados. Es decir, debe poder llenar los deícticos, enriquecer y modular sobre la marcha los significados de las piezas léxicas, etc., antes de alcanzar proposición alguna. De otro modo, su competencia estaría en entredicho. En el otro extremo nos encontramos un *oyente accidental*, por ejemplo, alguien que escucha de pasada una preferencia de una conversación ajena. Para ser un oyente accidental competente lo único que uno debe ser capaz de hacer es formar una proposición, que generalmente no coincidirá con la proposición realmente expresada por la preferencia,

pero sí con su significado composicional. Un oyente accidental es, en principio, hermético a la información contextual, de manera que las demandas que podemos plantearle, en tanto oyente competente, son mucho más débiles que en el caso de la audiencia. Por ejemplo, al escuchar oraciones como (1), (2) o (4) puede conformarse con formar proposiciones cuantificadas existencialmente del tipo “hay un cierto perro contextualmente prominente tal que es peligroso”, “hay una relación R tal que Juan está relacionado con cierto coche por R”, “hay un cierto boli que es rojo en alguno de los sentidos en que los bolis pueden ser rojos”, etc. Entre estos dos extremos nos encontramos con diferentes oyentes que se caracterizan por el grado en que la información contextual les resulta accesible. Cuanto más accesible resulta el contexto, tanto más se les puede exigir, como oyentes competentes, que efectúen intrusiones pragmáticas en la interpretación de la preferencia.

¿Dónde deja esto la cuestión de la composicionalidad y productividad de la comprensión lingüística? La respuesta es que depende del tipo de “comprendedor”, i.e., del tipo de oyente, de que se trate. La comprensión del oyente-audiencia no es composicional ni productiva: no puede serlo, dado que requiere del concurso de mecanismos que van más allá de la composición de las piezas léxicas y que deben tener en cuenta la posibilidad de recurrir a elementos nuevos e inesperados del contexto amplio. La comprensión del oyente accidental, sin embargo, es ambas cosas: no existe sobre él la demanda normativa de explotar el contexto y en consecuencia puede contentarse con producir el significado a partir la composición más predecible de los elementos de la preferencia.

En nuestra opinión, de lo expuesto se pueden extraer algunas conclusiones para las teorías acerca de la comprensión lingüística. Por una parte, que el lenguaje sea productivo no presta necesariamente apoyo a las tesis minimalistas. Esto es, asumir que hay productividad no entraña que, en el proceso de comprensión, deba haber un estadio donde se forma una proposición mínima. Si la productividad de la comprensión sólo se da, estrictamente, en las situaciones relativamente anómalas que implican únicamente a oyentes accidentales, entonces no puede usarse para establecer de manera general la existencia de una fase de procesamiento en la que tiene lugar la composición de significados literales. Por otro lado, también hay una lección a extraer para quienes, a partir de consideraciones relativas a la situación de los oyentes-audiencia, bien informados, rechazan la composicionalidad. Si bien la comprensión lingüística con frecuencia no es composicional, esto no significa que no se puedan obtener “totalidades” a partir de composición simple. Lo obtenido de este modo es, sin lugar a duda, muy abstracto y empobrecido en relación al significado que el hablante pretendía transmitir (a su audiencia), pero no hay motivos para pensar que no constituya una proposición.

Szabo (2004) propone que el lenguaje del ajedrez es un ejemplo de un lenguaje productivo pero no composicional. Así, para obtener el significado de un movimiento como ‘Ab5’, uno necesita información contextual para decidir cuál es el alfil al que se refiere la fórmula. A nuestro juicio, sin embargo, resulta obvio que hay algo que un oyente competente pero desinformado comprende al oír un ‘Ab5’ descontextualizado, a saber: que hay un alfil que se ha movido a la casilla b5. En otras palabras, del hecho de que los jugadores/oyentes competentes comprenden ‘Ab5’ de manera directa como, pongamos, que el alfil izquierdo de blancas ha movido a b5, no se puede concluir que el lenguaje del ajedrez no

sea composicional. Más aún: es difícil ver cómo puede este lenguaje ser no composicional y, al tiempo, productivo. Diríamos que un lenguaje es productivo (para el mismo tipo de oyente competente) en la misma medida en que es composicional y viceversa.

5. Lo dicho

A nuestro juicio, un oyente informado no ha de obtener por composición la proposición mínima y, posteriormente, a través de algún proceso presumiblemente inferencial, alcanzar la proposición que el hablante pretende transmitir (la proposición comunicada). Antes bien, el hablante satura los deícticos y otras variables, enriquece y modula (hasta cierto punto) los significados y, *entonces*, tiene lugar la composición. Desde un punto de vista fenomenológico, un modelo en la línea de Recanati resulta intuitivamente plausible. No obstante, aún debe enfrentarse a un problema: qué hacer con el hecho de que un oyente siempre puede retrotraerse y apoyarse en una idea de “lo que se dijo” que coincide con el significado composicional. Si la proposición mínima no se procesa de ningún modo, sería imposible apoyarse en afirmaciones como “pero lo que tú dijiste fue...”, “pero lo que yo dije fue...”, etc. El padre contextualista (véase nota 5) que dice a su hijo ‘no te vas a morir’ debería sorprenderse de que su hijo al mismo tiempo le comprenda y bromee acerca de su promesa de inmortalidad.

Desde la psicolingüística, Bezuidenhout y Cutting (2002), en la línea de otros trabajos que investigan el procesamiento de significados mínimos o literales (Gibbs y Moise, 1997; Nicolle y Clark, 1997) han ofrecido alguna evidencia a favor de la tesis de que siempre procesamos proposiciones mínimas, no para obtener por medio de ellas la proposición comunicada, sino de manera paralela a ésta. En una serie de experimentos, proporcionaron a sus sujetos diversas pistas contextuales en forma de narraciones cuya última oración (la oración a prueba) admitía bien un significado enriquecido, bien uno mínimo⁸. Bezuidenhout y Cutting medían la elección por parte de los sujetos, en cada contexto, de oraciones que captaban la proposición mínima, la enriquecida, así como diversos tipos de implicatura. Cuando, de acuerdo con la narración, la lectura correcta de la oración a prueba era la mínima, observaban que los sujetos respondían más lentamente en la tarea de elegir la oración que mejor se correspondía con la oración a prueba, como si tuvieran problemas a la hora de decidir qué proposición, la mínima o la enriquecida, era la que se expresaba. Esto no ocurría cuando la lectura correcta era la enriquecida. Es difícil explicar este hecho si no se afirma que ambas proposiciones, la mínima y la enriquecida, se mantienen de algún modo en la mente del sujeto. La explicación de los autores era que en circunstancias normales los sujetos se limitan a obtener la proposición enriquecida, pero cuando se les proporciona un estímulo que alienta la lectura minimalista, pueden recuperar la proposición mínima y considerarla junto con la (habitual) proposición enriquecida.

La interpretación de Bezuidenhout y Cutting, por tanto, es que existe un procesamiento paralelo de ambas proposiciones, mínima y enriquecida. Si esto fuera así, no resultaría un misterio por qué uno puede siempre retrotraerse a “lo que se dijo” en el sentido mínimo: simplemente ocurre que la mente de todo interlocutor mantiene, al menos durante un tiempo, la proposición mínima, junto con aquello que se comunica. Sin

embargo, y entendemos que este punto es crucial, para ello no es preciso que procesen la proposición mínima como primer paso en el proceso de comprensión de la preferencia. De hecho, los hallazgos experimentales mencionados son compatibles incluso con la idea de que la proposición mínima se obtenga *con posterioridad* a la enriquecida: para ello es suficiente con que el oyente mantenga una representación más superficial (v.g., fonológica o, en cualquier caso, no semántica) de la oración proferida y que, frustrada su primera interpretación (enriquecida), vuelva atrás y la explote para limitarse a construir el significado mínimo o composicional de la oración procesada. El caso de los oyentes accidentales muestra que los sujetos tienen recursos para obtener este significado cuando la información contextual es escasa o poco habitual. Los casos de Bezuidenhout y Cutting muestran además que los sujetos pueden explotar esos recursos cuando el contexto excluye el significado enriquecido.

6. Conclusión

Durante mucho tiempo se ha sostenido la idea de que la comprensión lingüística es productiva en el sentido fuerte. Sin embargo, la productividad fuerte entraña composicionalidad, y existe un creciente escepticismo acerca de que la comprensión del lenguaje sea composicional (al menos de manera ortodoxa). Ante el aparente dilema que se plantea, hemos intentado encontrar qué es rescatable de cada posición. Los minimalistas, defensores de la composicionalidad ortodoxa, aciertan al afirmar que hay proposiciones mínimas y que la comprensión lingüística puede ser ortodoxamente composicional y productiva en sentido fuerte. Los contextualistas, por su parte, llevan razón en sostener que las proposiciones mínimas no se precisan para los casos típicos de comprensión: en estos casos existe intrusión pragmática y la comprensión no es productiva en sentido fuerte. La vía de reconciliación que hemos intentado reside en distinguir dos tipos de oyentes, extremos de un continuo: en tanto audiencia, un oyente sólo cuenta como competente si la composición última tiene en consideración la información contextual pertinente; en tanto oyente accidental, su comprensión puede terminar donde lo permite la composición estricta de la oración proferida. Existe, además, un cierto grado de compromiso por parte del oyente, que puede decidir ser “menos audiencia” de lo que le corresponde, pero esto es materia de reflexión para otro ensayo.

Referencias

- BACH, K. (2001), “You don’t say?” *Synthese* 128, 15-44.
BEZUIDENHOUT, A. and J. COOPER CUTTING (2002), “Literal meaning, minimal propositions and pragmatic processing”, *Journal of Pragmatics* 34, 433-456.
BORG, E. (2004), *Minimal Semantics*, Oxford, Oxford University Press.
CAPPELEN, H. and E. LEPORE (2005), *Insensitive Semantics: A Defense of Semantic Minimalism and Speech Act Pluralism*, Oxford, Blackwell.
CARSTON, R. (2002), *Thoughts and Utterances*, London, Blackwell.
FODOR, J. (1987), *Psychosemantics*, Cambridge (MA), MIT Press.

- GIBBS, R. and J. MOISE (1997), "Pragmatics in understanding what is said", *Cognition* 62, 51-74.
- NICOLLE, S. and B. CLARK, (1999), "Experimental pragmatics and what is said: A response to Gibbs and Moise", *Cognition* 69, 337-354.
- RECANATI, F. (2004), *Literal Meaning*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SAUL, J. (2002), "What is Said and Psychological Reality: Grice's Project and Relevance Theorists' Criticisms", *Linguistics and Philosophy* 25, 347-372.
- SPERBER, D. and D. WILSON (1986), *Relevance: Communication and Cognition*, (2nd edition, 1995), Oxford, Blackwell.
- STANLEY, J. (2002), "Making It Articulated", *Mind and Language* 17, 149-169.
- TRAVIS, C. (2000), *Unshadowed Thought*. Cambridge (MA), Harvard University Press.